volucionarios que proclamaron *los derechos del hombre*, no avizoraron con la clarividencia de Marx; no observaron que mientras la tierra, y los instrumentos de trabajo y producción, no fueran propiedad de todos, es decir, de la colectividad, la igualdad de los hombres resultaba un engaño sin contenido real; no se percataron de que si había quienes acumulaban riquezas a costas del trabajo de los demás, adquirían también el privilegio de imponer su criterio a los que por el hambre buscasen a cualquier precio un pedazo de pan (3).

Sin restar nada a las conquistas sociales legadas por la Revolución francesa, es forzoso señalar su error acerca de una igualdad impracticable y, no obstante, tan cacareada por aquellos que a la sombra de su mentido evangelio explotan la credulidad. Es necesario, pués, fijar la atención en este desacierto, porque precisamente en la propiedad privada de la tierra y los medios de producción es donde se hallan las raices más profundas de la guerra, y en la desigualdad, que ella perpetua, el que la mayoría de los hombres sean arrastrados al sacrificio en los mejores años de su vida por intereses ajenos a su propio bienestar.

"Si la tierra, dice un autor, fuera un elemento común sobre el cual sólo se dieran organizaciones para su mejor explotación, ¿cómo cabría la lucha sangrienta siendo propiedad humana, estando la conveniencia de todos los hombres en impedir que fuese objeto de adquisición por individuos o pueblos?" (4). Y está en lo cierto, puesto que los llamados límites de un país no son otra cosa que la línea hasta donde llega su propiedad, hasta donde alcanza la jurisdicción del Estado. El vecino que pretenda alterar esta linea en su provecho provoca inmediatamente la lucha. Extiéndase lo que se quiera este concepto de propiedad; llámesele tierra, oro, mercancías, derechos, o cualquier otra cosa que tenga un valor, será siempre propiedad privada, como asimismo la chispa que encienda el fuego de la guerra.

La desigualdad de hecho que origina la propiedad privada, divide a la sociedad en dos clases perfectamente deslindadas y, por lo tanto, perceptibles al primer examen: la burguesía y el proletariado (5).

La primera clase, no obstante constituirla el 3 por 100 (6) aproximadamente de la colectividad de cualquier país civilizado, ejerce una influencia despótica sobre la segunda, imponiéndole su criterio en todas las manifestaciones de la vida social, por medio de una legislación y de costumbres que responden al sistema económico que es base de su poder.

Esta distinción en clases, producto fatal de intereses antagónicos en acción, y que viene acentuándose de más en más desde las primeras décadas del siglo XIX, es lo que se ha dado en llamar *lucha de clases*.

Su realidad concreta y palpable justifica indiscutiblemente la existencia del socialismo como partido político internacional, defensor de los derechos inherentes al trabajo y expresión genuina del proletariado de todos los países de la tierra.

Como tal, el socialismo trata de destruir las facilidades obtenidas por la clase dominante para complotar y producir guerras: es una de las partes de su misión, y principalísima, desde que se obliga a extirpar uno de los males más calamitosos, surgido de la propiedad privada que sostiene y alimenta el actual sistema económico capitalista.

Bajo este aspecto, y fuera de las consideraciones morales y sentimentales que se puedan aducir, el socialismo rechaza y se opone a la guerra con toda la fuerza que le comunica su capacidad doctrinal. No puede admitir la conquista por medio de las armas, porque ello implica apoderarse de valores que afirman y justifican la propiedad privada de una reducida minoría, del mismo modo que su explotación en perjuicio de una inmensa mayoría. La propiedad se extiende y se arraiga cuando es adquirida y protegida por la espada de un conquistador, y esta mayor influencia y solidez paraliza los progresos realizados por la clase trabajadora la cual es subyugada y oprimida por el dueño de la tierra y el capital. Atacar la guerra, pués, es atacar la conquista de la propiedad privada, impedir su desarrollo y reducir su poder de explotación.

La igualdad, por otra parte, no es una condición que llegue hasta el proletariado. Este, frente al capital, no posee otro derecho que el de la protesta, y aún así restringido, y hasta desconocido cuando molesta demasiado. En consecuencia, ¿qué igualdad puede haber entre hombres con derechos y hombres que no los tienen? La única relación manifiesta es por el contrario la desigualdad, vicio del sistema económico vigente, que presenta al obrero de hoy como el heredero directo del esclavo y el siervo de pasados tiempos, sin otra distinción que la facultad lírica de llamarse libre y como tal morirse de hambre.

Más aún; los confabuladores de una guerra moderna llaman a todos los hombres en nombre de la igualdad con el fin de que se batan para proteger los intereses del país donde han nacido. Pero cualquiera, a poco que observe, notará que los tan decantados intereses se hallan reunidos en manos de una pequeña minoría; que la propiedad, el poder y el privilegio de unos pocos, es lo que en resumen se denomina intereses de un país. Y si el proletariado tiene algunos valores materiales o morales que defender, estos son bien escasos, además de ser muy relativos. No habiendo, pués, igualdad de condiciones y de derechos es injusta y arbitraria la igualdad de obligaciones, muchísimo más cuando se trata de sacrificar la vida en holocausto al bienestar de un pequeño número de potentados.

La senda doctrinaria trazada por los principios del socialismo no debe ser obstruida por las consecuencias de una guerra, porque ellas estancan y retardan las reivindicaciones del trabajo. El socialismo se impone el deber ineludible de oponer todas sus fuerzas al afianzamiento y extensión de la propiedad privada, y a la manifiesta desigualdad que resulta de cargar con idénticas obligaciones a hombres que no poseen los mismos intereses, ni los mismos derechos, ni las mismas esperanzas de renombre, prepotencia o provecho. "La aristocracia militar de Prusia, dice J. Maxwell, y como él muchos otros, tuvo necesidad de la guerra para conservar sus privilegios" (7).

Una vez pasada la guerra a través del tamiz de la doctrina socialista, y examinada, aunque rápidamente, con criterio sociológico, conviene, como final que no estorba, observar ciertos elementos que impulsan y aseguran su estallido y desarrollo.

El instinto torpe y violento del hombre de las cavernas no es cosa que se haya perdido por completo, surge a la superficie del hombre civilizado apenas se le rasca la piel tersa, blanca y delicada, con que disimula su fiero y tosco origen: su parto se traduce en actos de barbarie, que descienden hasta el destrozo inconsciente del bruto. Esta fuerza de la herencia, aún activa y potente, resiste con terquedad atávica los dictados de la razón; se rebela contra el juicio y la perfección moral del hombre, y, estimulada por palabras cuyo noble o generoso contenido provoca levantados sentimientos, hace que los pueblos se lancen a la lucha inútil y criminal. Así se va al combate en nombre de la patria, de la justicia y de la libertad, y hasta de un dios infinitamente bueno y misericordioso. Se atrae a los hombres como a los insectos hacia la brillante luz que los destruye.

Al hablar de patria, libertad, igualdad y justicia, es indispensable percatarse de que son vocablos que dicen mucho, pero que, las más de las veces, no pasan de ser palabras con las cuales la demagogía realiza sus engañosas seducciones. No en vano se ha dicho: "La sociedad en que vivimos es una rígida aristocracia que tiene el deporte de la democracia". Pero es que no se trata tan sólo de un simple y honesto deporte de entretenimiento, sino de una especulación interesada, que medra a costa de los pueblos que la toleran y se nutre con la acción servil de los lacayos que regimenta.

La herencia *ancestral* es como un motor de la guerra puesto en movimiento por ciertas palabras de efecto. Los socialistas, pués, debemos saber distinguir lo que, en nuestra cerebración, es una reliquia de nuestros antepasados, y someter nuestros sentimientos llamados espontáneos al juicio de la razón, porque hoy la guerra, como método de triunfo en la lucha por la vida, no obtienen su finalidad, resultando un crimen injustificable. Perdura tan solo como una aberración morbosa del atavismo; como un residuo perjudicial que surge de las profundidades sombrías de nuestra substancia, y que aún palpita sordamente con la persistencia impresa a todos los instintos legados por nuestros remotos antecesores, sin otro resultado que no sea la destrucción y la muerte.

"La guerra es un juego de los gobernantes y una miseria de los pueblos". De la enhiesta planta de esa expresión valiente brota la senci-

(3) De ahí la siguiente observación: "El pueblo se ha modificado en algo. La Revolución autoriza todas sus aspiraciones, pero sin permitir que las realice, lo cual acrece día a día su descontento. En este asunto, todavía nos dejamos engañar por las palabras. La igualdad y la admisión de los ciudadanos a todos los empleos no existen entre nosotros a pesar de **los derechos del hombre**." (La nationalité francaise, par Jules d'Auriac. Véase el cap. IV, que estudia el fenómeno ampliamente).

(4) El problema social y el socialismo, por P. Pérez Díaz.

(5) Como el término "burguesía" tiene un matiz particular para los socialistas, que, a pesar de no variar la esencia de su acepción académica, caracteriza con más precisión a la clase dominante, es bueno aclarar el concepto de las expresiones "burguesía" y "proletariado" con las definiciones sintetizadas que de ellas hace Sombart, por ser las más ajustadas al significado que les atribuye el socialismo. "La burguesía, dice, es representante del sistema económico-capitalista; el proletariado es el polo opuesto, la antítesis de la burguesía". (**Socialismo y movimiento social**).

(6) El 3 por 100 a que me refiero lo integran todos aquellos que poseen una renta mensual de 7.000 $ m|n. o más.

(7) "La Philosophie sociale et la guerre actuelle".